

Ayer y hoy

Había estallado la guerra desde hacía unos días. Marino Lerna, voluntario del primer curso breve de oficiales alumnos, con el nombramiento de subteniente de infantería, tras una breve licencia de ocho días transcurrida con su familia, partió para Macerata, donde se hallaba su regimiento: el 12.º brigada Casale.

Contaba con pasar allí unos meses, con objeto de adiestrarse, por lo menos, en el mando, instruyendo reclutas, antes de que le enviaran al frente. En cambio, tres días después de su llegada, mientras estaba en el patio del cuartel, sintió que le llamaban de improviso sin saber quién; y en la escalera halló a los otros once subtenientes, que habían llegado con él a Macerata, de los diversos destacamentos.

—Pero, ¿quién nos llama? ¿Qué quieren?

Arriba, en la sala; donde está el coronel.

Rígido, cuadrado, como sus compañeros, ante una maciza mesa, cubierta de legajos, desde las

primeras palabras de aquel coronel de la Guardia civil que tenía interinamente el mando del cuartel, comprendió poco después que debía haber llegado para ellos la orden de incorporarse.

Deslumbrado aún por el sol de Junio, que brillaba, abajo, en el amplio patio, no logró, en un principio, distinguir en la penumbra de la tétrica estancia, más que la plata de las insignias en el cuello del uniforme del coronel, el rojizo color de un rostro acaballado, cortado por gruesos bigotes y el blanquear de los papeles en la mesa.

Durante algún tiempo perdió, en el tumultuoso desorden de sus ideas y de sus sentimientos, el sentido de las palabras que aquel coronel de la Guardia civil profería con voz dura y cortante. Esforzóse para prestar atención—y sí, señores—, era precisamente aquéllo: la orden de marcha para la tarde del día siguiente.

Ya en el depósito se sabía que el 12.º ocupaba en el frente una de las más ásperas y difíciles posiciones, sobre el Podgora; y que los oficiales más jóvenes habían sido segados en varios infructuosos asaltos. Era, pues, necesario correr a llenar aquellos huecos.

La tensión de ánimo, en cuanto el coronel despidió a los doce muchachos, se manifestó en cada uno de ellos, por un instante, en un extraño atolondramiento, casi de engañosa embriaguez. Pronto la abandonaron para entregarse a una ruidosa expansión, de la cual, a poco, se recobraron con

el cuidado de demostrarse mutuamente que aquella alegría no era hija de la afectación.

Sin embargo, se pusieron todos de acuerdo en la decisión de correr al telégrafo para anunciar a las familias, con animosas palabras, la partida.

Todos, menos uno. Precisamente aquel que, entre los ochenta del pelotón de oficiales alumnos, en Roma, había sido destinado con Marino Lerna al 12.º regimiento: un tal Sarri; precisamente aquel tal Sarri que a Marino Lerna le había desagradado tanto tener por compañero, como si la suerte hubiese querido juntarle, entre los ochenta camaradas del pelotón romano, al que le resultaba más antipático.

Y es que Sarri no tenía, realmente, a quien participar su partida. En aquellos tres días, que habían pasado juntos en Macerata, Marino Lerna, sin haber logrado cambiar por completo su primera opinión, habíase sentido, no obstante, el mejor dispuesto hacia él, tal vez porque en la intimidad había dejado aquel aspecto despreciativo que en Roma le había hecho antipático a todos los compañeros del pelotón.

Marino Lerna había creído adivinar que aquel aspecto de Sarri provenía de un propósito, que era en él casi una necesidad instintiva, de no confundir jamás su sentimiento con el de los demás, demostrando, por todos los medios, que él sentía, no ya diversamente, sino opuestamente, sin cuidarse, en absoluto, de la estimación ajena.

Era, tal vez, en realidad, más antipático por profesión que por temperamento, y tenía el orgullo de las antipatías que despertaba. Podía permitírselo, porque era sumamente rico y solo en el mundo.

Desde Roma se había llevado a Macerata una muchachita alegre, que mantenía desde hacía próximamente tres meses, bien conocida por sus compañeros de pelotón. Contaba él también con permanecer en el depósito algo más de un mes y quería durante aquel tiempo saciarse—decía—, por lo menos, del gusto más fácil, el gusto bestial del otro sexo, seguro como se hallaba, de que no se libraría de la muerte; de todas maneras, la idea de seguir viviendo, una vez terminada la guerra, en el énfasis de una patria llena de heroes, se le hacía intolerable.

Marino Lerna, viéndole quedarse atrás, mientras con los otros se dirigía al telégrafo, se detuvo.

—¿Tú no vienes?

Sarri se encogió de hombros.

—No... quería decir...—prosiguió Lerna, para corregir, algo azorado, la necedad de la pregunta—, quería pedirte un consejo.

—¿A mí?

—No sé... mira; hace tres días, al salir de Roma, aseguré a mis padres...

—¿Eres hijo único?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—Te compadezco.

—Ya... ¡ya lo sé!: por mis padres. Les aseguré que no partiría para el frente hasta dentro de unos meses y que antes de marchar hubiera ido a despedirme por...

Estaba para decir «por última vez». Se interrumpió. Sarri, comprendiéndolo, sonrió.

—Dilo, hombre, *por última vez*.

—No, no; esperemos que no. Fuí a despedirme *una vez más* antes de partir.

—Bueno; ¿y que más?

—Aguarda. Mi padre me hizo que le prometiera que, en el caso de que me hubiesen negado la licencia, le avisaría a tiempo para que pudiese venir con mi madre a despedirme aquí. Resulta, ahora, que salimos mañana a las cinco de la tarde.

—Si toman esta noche el tren de las diez,—prosiguió Sarri—mañana a las siete pueden estar aquí y pasar contigo casi todo el día.

—Entonces ¿me lo aconsejas?...—le preguntó Marino Lerna.

—¡No!—exclamó Sarri sin vacilar—. Perdona: has tenido la suerte de marcharte sin lágrimas...

—No; eso no, mi madre ha llorado...

—¿Y no te basta? ¿Quisieras verla llorar de nuevo? ¡Dí que partes esta noche y despídete desde aquí! Será mejor para tí y para ellos.

Viendo, después, que Lerna permanecía indeciso y perplejo:

—Adiós ¿eh?—le dijo—. Yo voy a anunciar a Niní mi marcha. Será cosa de reírse. ¡Me ama! Pero lo que es, a esa, si llora la acogoto...

Y se fué.

Mariano Lerna se dirigió al telégrafo, aún indeciso, sin saber si seguir o no aquel consejo.

En el telégrafo halló a sus compañeros que habían teleografiado ya todos la despedida y nada más; hizo lo que ellos; mas, después, arrepintiéndose, le pareció que había hecho una traición a su pobre madre, al padre, y expidió otro telegrama urgente, en el que les decía que si tomaban el tren de la noche hubieran tenido tiempo de estar allí antes de la marcha.

* * *

La madre de Marino Lerna era una dura mujercita, a la antigua, de las que aún conserva la región.

Relativamente joven y no fea, pero desprovista de toda gracia y grotescamente vestida; erguída sobre su busto armado de fuertes ballenas, huesuda, algo correosa, sin ser delgada, corazón sencillo, mente estrecha y recta, parecía, cerca da ahora, en los oblicuos caminos de la vida entrevistos al ir desde la provincia a una ciudad como Roma, por extravagantes temores, por extrañas sospechas y desconfianzas, por cuya razón en su rostro moreno y áspero, tenía siempre los

ojos en guardia, agudos y dispuestos a volverse de un lado a otro.

Adoraba tanto a su único hijo, que, por él, por no separarse de él, ya estudiante de la Universidad, había dejado las comodidades de su antigua morada, patriarcales costumbres de su vida en un pueblo de los Abruzzos; y, desde hacía dos años, había ido a instalarse en la capital, donde se sentía como extraviada.

Llegó a la mañana siguiente a Macerata en tal estado, que su hijo enseguida se arrepintió de haberla hecho ir. Pero ella afirmaba que no, al descender del tren; que no, que no; sin poder apartar más los brazos del cuello de su hijo, llorando sobre su pecho:

—No me lo digas, Marinito... no me lo digas...

El padre, entre tanto, le daba palmaditas—serio, serio—en el hombro. Porque él era hombre. Y no lloraba.

En Roma, poco antes de partir, había tenido cierta conversación con un señor desconocido—que tenía también un hijo en campaña desde el primer día de la guerra y dos más pequeños en casa. Cierta conversación, sí... Nada... Una conversación de los padres, eso.

—Sin llorar...

Pero, en el esfuerzo de contener el llanto a toda costa—esfuerzo que se le hacía evidentísimo en los ojos brillantes, febriles—su pequeña persona sumamente encorvada, tenía ahora una ridícula

solemnidad artificiosa, que daba pena, puede que mayor aún que el abandonado dolor de la madre.

Hallábase, sin duda, exaltado; aludía a la misteriosa conversación con aquel caballero desconocido, como para ocultar en ella un propósito que mientras tanto tenía un extraño efecto: el de ponerle a él mismo de manifiesto, como si la estuviese viendo, su propia exaltación enmascarada de calma, que le producía tan pronto remordimiento, tan pronto fastidio, frente a la desnuda sinceridad, a la emoción fuerte y muda de su hijo, sufriendo por el llanto de la madre a la que trataba de animarla, más con las caricias que con las palabras.

* * *

Desdichadamente, como Sarri había previsto, fué un inútil dolor. Tras haber acompañado a sus padres a la fonda, Marino Lerna tuvo que volver inmediatamente al cuartel, en donde lo entretuvieron hasta cerca de las doce. Luego, el almuerzo en el mismo cuarto de la fonda (porque la madre con aquellos ojos, deshechos por el llanto, no podía bajar al comedor, y, además, porque no conseguía tenerse en pie); una vez terminado el almuerzo tuvo que volver a toda prisa al cuartel, para recibir las últimas instrucciones. De manera que los padres no pudieron verlo más que unos instantes antes de la marcha.

Pero al quedarse solos, el padre trató de hacer

un bonito discurso, largo y razonado, a su esposa. Cosas peregrinas debió decirle mientras trataba de engullir y se pasaba la mano temblorosa por los labios; que no era cosa de llorar así, porque nadie había dicho que Marino... ¡Dios nos libre!... los casos podían ser muchos... también podía ir el regimiento, por ahora, a segunda línea... sí, como decían, se hallaba en las avanzadas desde el primer día de guerra... Y, además, si todos los soldados que iban al frente tuviesen que morir, estaban lucidos... más fácil es que los hirieran... alguna heridita leve... en un brazo, por ejemplo... Dios ayudaría a su hijo... ¿por qué quería atraer la desgracia con aquel llanto? ¡Eh!... ¡eh!... de haberla visto llorar de aquella manera, Marino se hubiese impresionado; se hubiese impresionado seguramente...

Mas la madre decía que no era ella... Los ojos... los ojos... ¿qué le voy a hacer? Por la sensación que le daban todas las palabras, todos los movimientos de su hijo... una sensación extraña y cruel, de recuerdo.

—Cada palabra que me dice ¿entiendes? me hace el efecto de que no me la dice ahora, sino de que *me la decía*... ¡Eso es! Me queda impresa como si él ya no existiera... ¿Qué le voy a hacer?... ¡Dios mío, Dios mío!...

—¿Y no es esto, querer atraer la mala suerte?

—¡No! ¿Qué dices?

—¡Digo que eso trae mala suerte! Y yo me

echaré a reir, ya verás como me echaré a reir, cuando se vaya.

De seguir así, todavía un rato, hubieran terminado por regañar. Mas allí estaba aguda, fustigante, la impaciencia por el retraso del hijo. Pero, Dios mío, ¿cómo no comprendían los superiores, que aquellos últimos momentos debían ser reservados al pobre padre y a la pobre madre? "

La impaciencia degeneró en ansia insoportable, cuando todos los compañeros de Marino comenzaron a llegar poco a poco y a toda prisa, al hotel, en los coches que se detenían para recoger el equipaje y partir enseguida hacia la estación. Eso es; el asistente de uno bajaba ya el cofre; el asistente del otro la mochila, el capote; el sable; y, en marcha, todos a toda prisa, a todo trotar...

Marino, que había salido el último del cuartel, había tenido que ir a recoger un par de botas claveteadas, de campaña, que había encargado el día anterior; y se había retrasado.

Más que separación, fué un desgarró, un ímpetu, un apresuramiento. Se corría el peligro de perder el tren. En efecto, llegó con sus padres a la estación, cuando ya estaban cerrando las portezuelas; precipitóse hacia una, desde donde los compañeros se desgañitaban llamándolo; e inmediatamente partió el tren entre un tumulto de gritos, de llantos, de augurios, entre un revolotear de pañuelos, de manos, de sombreros...

Cuando el señor Lerna—que había agitado el

suyo hasta el final, aunque sin convicción alguna, casi irritado porque no le habían dado tiempo de hacerlo bien—se volvió, todavía medio aturdido, a buscar a su mujer, no la halló; la habían transportado, desvanecida, a la sala de espera.

* * *

Una gran quietud en la estación. Ya no había nadie. Solo en el vacío deslumbrante del largo y fatigoso atardecer estival, los rieles luminosos y un lejano e interrumpido chirriar de cigarras.

Todos los carruajes habían partido llevando a las gentes que habían bajado a la estación a despedir a los suyos; y no quedaba ninguno cuando la madre de Marino Lerna, vuelta en sí, se halló en estado de que la transportaran al Hotel.

El empleado de la sala de espera compadecido, se ofreció para ir al próximo «garage» a traer el omnibus automóvil que debería estar ya de vuelta.

A última hora, cuando la señora, sostenida, casi llevada en vilo, había tomado asiento, llegó precipitadamente y subió, una muchacha rubia, que Dios sabe de dónde había surgido, con un gran sombrero de paja florido de rosas, muy descotada y vestida originalmente; los ojos y los labios pintados; pero que lloraba también desesperadamente.

Era una linda muchacha.

Llevaba cogido en una mano, un minúsculo

pañuelito de batista azul bordado; tenía la otra mano deslumbrante de sortijas sobre la mejilla derecha como para ocultar el rubor y el ardor de una terrible bofetada.

La Niní que el subteniente Sarri se había llevado de Roma tres días antes.

El padre de Marino Lerna comprendió enseguida de qué género era aquella rubita. No lo entendió la madre que, viendo enfrente a otra mujer, que como ella lloraba, no pudo reprimir el preguntarle:

—¿La señora es esposa...?

Ella, con el pañuelito de muñeca en los ojos, indicó enseguida que no, con la cabeza.

—¿Hermana?—insistió la madre.

Pero, en aquel punto, intervino el marido, haciéndole por lo bajo, con el codo, una seña.

La muchacha sorprendió acaso aquella seña; de todas maneras comprendió que la equivocación de aquella vieja señora no podía durar mucho y no respondió.

Mas comprendió también otra cosa, otra cosa más triste, mientras seguía llorando. Comprendió que ella impedía ya a aquella pobre madre llorar, porque aquella pobre madre, ahora, sentía vergüenza de confundir sus lágrimas con las de ella.

Sin embargo, también eran lágrimas las suyas; y lágrimas de una pena bastante menos corriente y natural que las de una madre.

Niní, no había sido solo de Sarri, últimamente

en Roma; había sido, además, de otros compañeros de él, compañeros en aquel pelotón de oficiales alumnos; y, quién sabe, puede que, también, de aquel por quien esta pobre madre lloraba ahora.

Aquella misma mañana había almorzado con ellos, con diez de ellos. —Una mesa de diablos—. ¡Le habían hecho de todo y ella les había dejado hacer, para que se aturdieran como unos locos, pobres y queridos pequeños, próximos ya a partir para el frente! Habían llegado hasta a descubrirle el pecho, allí, en presencia de todos, en la fonda, porque eran famosos entre ellos, sus senos breves, casi virginales aún, de erectos botones; y se los habían querido ¡locos! bautizar con Champaña; y, ella, los había dejado hacer: tocar, besar, oprimir, estrujar, desgarrar... para que se llevasen, sí, para que se llevasen vivo allá arriba, el recuerdo de su carne de amor. Allá donde tal vez uno a uno, todos aquellos apuestos muchachos de veinte años habrían de morir mañana. Había reído tanto con ellos... y, luego, sí... ¡Dios mío!... luego, al besarlos por última vez... Y se había ganado, de parte de Sarri, aquella terrible bofetada en la mejilla derecha. Y, nada; no, no, no lo había tomado a mal...

¡Vaya, que bien podía dejarla llorar, sin ofenderse, aquella pobre madre!... Dejarla llorar, sí la dejaba; pero ya no lloraba ella y, Dios sabe, cuánto lo estaría necesitando la pobre...

Entonces se esforzó en contener sus lágrimas,

para dejar correr las de la madre. En vano. Cuanto más se esforzaba, tanto más impetuosamente le brotaban de los ojos, impulsadas por la misma razón cruel que le obligaba a retenerlas. Por fin, desolada, no pudiendo ya más, descubrió el rostro y prorrumpió en sollozos, gimiendo:

—¡Por compasión!... ¡por compasión!... ¡no lo puedo contener, señora!... Este llanto... también puedo llorar yo, señora... Usted por su hijo... yo, también... no precisamente por su hijo... por uno que ha partido con él, y que llegó a maltratarme porque lloraba... Usted por uno solo... yo por todos... puedo llorar por todos... También por su hijo de usted, señora... por todos... por todos...

Y volvió a ocultar el rostro, no pudiendo resistir el ceño duro de aquella madre, que le miraba ahora con el celoso rencor que tienen todas las madres para las mujeres como ella.

Demasiado dolor había sentido la madre por la marcha del hijo. Y ahora demasiada necesidad sentía de alguna tregua y de silencio. Aquella mujer se lo turbaba y hasta se lo ofendía. La idea de que el hijo no llegaría a estar en peligro hasta dentro de un par de días le concedía aquella tregua. Podía, pues, ser dura; y fué dura. Por suerte, el trayecto de la estación a la ciudad era breve. Al llegar, descendió del auto, sin dirigir siquiera una mirada a la muchacha; como si no existiera.

* * *

Al día siguiente, durante el viaje de vuelta, en la estación de Fabriano, la señora de Lerna, asomada con su marido a la ventanilla de un vagón de primera clase, volvió a ver a la muchacha que buscaba a toda prisa un puesto en el tren, llevando un gran ramo de flores entre los brazos. La acompañaba un joven y refan.

La señora de Lerna volvióse al marido y dijo en voz alta, para que lo oyera:

—¡Oh!... ¡Mira a la que lloraba por todos!

La muchacha volvióse sin ira, sin indignación.

—Pobre madre, buena y estúpida—le dijo con la mirada—. ¿No comprendes, que la vida es así? Ayer lloraba por uno. ¡Hoy es preciso que ría para éste!

Como gemelas

Una lamparilla encendida bajo un retrato de Pío X alumbraba apenas la estancia en donde el marqués D. Camilo Righi habíase recogido para no oír los gritos de su mujer que se hallaba de parto.

Pero llegaban hasta allí los gritos desgarradores; D. Camilo veíase obligado a taparse fuertemente los oídos con las manos y, contraído, encogido en sí mismo, como si le ladrasen a él también en el vientre aquellos quejidos, levantaba los ojos, llenos de pánico, acobardados, hacia el retrato de S. S. que, con la bondadosa sonrisa indulgente en el amplio y pacífico semblante parecía aconsejarle calma y resignación al marquesito, hijo de uno de sus guardias nobles, guardia noble también él, ahora, de su santo sucesor.

Don Camilo hubiese tal vez seguido aquel augusto y mudo consejo paternal, si hubiese tenido la conciencia tranquila, si cierto remordimiento no le hubiese acrecentado la pena por los espas;